Reforma en Israel: Antes que sea demasiado tarde

Leon T. Hadar

La política israeli afronta nuevos desafíos frente a la actual coyuntura del Oriente Medio. El bajo perfil soviético en la región (manifiesto en su exigencia de moderación a sus aliados Siria y OLP) y las propias necesidades estratégicas norteamericanas, están erosionando las bases sobre las que se ha adelantado la alianza entre E.U. y el Estado judio. El presente ensayo de Leon Hadar [1], aporta luces sobre esta problemática, y sobre la necesidad de un cambio tanto en la política interna como internacional de Israel.

* * *

EN JUNIO DE 1990, DURANTE UN TESTIMONIO EN EL CAPITOLIO, el Secretario de Estado James Baker expresó su frustración con respecto a la deficiente cooperación de Israel en el proceso de paz del Medio Oriente. No contento con ello, dió el número de teléfono de la Casa Blanca con el mensaje de que el gobierno hebreo ya sabria entonces a dónde llamar cuando decidiera tomarse en serio el asunto.

Pero esa llamada tardará en llegar, pues, en verdad, no ha habido en toda la historia de Israel un gobierno más opuesto a la fórmula de "tierra para la paz", favorecida por Estados Unidos, que el que subió al poder en 1990. En el mundo entero, los paises se están dedicando a buscar nuevas soluciones a problemas tanto diplomáticos como domésticos de muy vieja data. Pero no Israel.

Su administración no ha dado ningún paso para explotar el nuevo capitulo de las relaciones entre norteamericanos y soviéticos y celebrar negociaciones sobre la Margen Occidental y la Franja de Gaza con lideres palestinos que, desde diciembre de 1988, han reconocido finalmente al Estado hebreo y que, aunque reservándose el derecho de golpear blancos militares, renunciaron al terrorismo. De igual manera, el aumento de las corrientes de liberalización politica y las crecientes economias del libre mercado no han producido ninguna versión judia del *glasnost* y la *perestroika*.

El gobierno del Likud, intolerantemente instalado en Jerusalén, es el más nacionalista y agresivo de todos los que han existido en los anales de Israel. Dirigido por el antiguo lider clandestino antibritánico Yitzhak Shamir, se ha comprometido a cumplir con su meta a largo plazo de anexar los

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

territorios palestinos al Estado hebreo. Sigue dispuesto a continuar aplastando indefinidamente el levantamiento palestino de hace tres años, la *intifada*, determinación que ha tenido como resultado la muerte de más de 800 árabes. El partido Moledet, que respalda a la coalición actual, exige inclusive el "traslado" a Jordania de la población árabe que habita en los territorios ocupados e Israel. Y Ariel Sharon, el ministro de construcción y vivienda, una de las cabezas más altas del Likud y serio contendiente por el puesto de Primer Ministro después de Shamir, ha respaldado la idea de convertir al reino hashemita del Rey Hussein en un Estado palestino.

En el terreno doméstico, el actual gobierno se ha opuesto al clamor de grandes segmentos de la población que exigen la reforma del sistema electoral para que en la sociedad israeli se revele la verdadera fuerza, que es reducida, del poder de negociación de los partidos menores y, especialmente, de los grupos religiosos ortodoxos: sacando ventaja de dicho sistema, estos últimos han ido ganando una influencia desproporcionada en las cuestiones de Estado y un inicuo acceso al tesoro nacional, que utilizan para financiar sus mezquinos intereses políticos. Casi cuarenta y tres años después de su establecimiento, a Israel todavia le falta adoptar una Constitución y una carta de derechos, y no hay esperanzas de que la linea dura de la mayoría Likud en el *Knesset* (Parlamento) apoye una propuesta semejante.

Mientras los judíos observan por televisión la asombrosa transformación de las economías paralizadas de Europa del Este, su propio sistema económico sigue siendo el más estatista de todo el mundo occidental. En Israel, el Estado y los principales partidos políticos lo controlan todo, desde las entidades públicas y la educación hasta los servicios de salud y los equipos de fútbol, desde los salarios y los precios, hasta el peso y la forma de los buñuelos. Alrededor de un 93 por ciento de la tierra es retenido por el gobierno. El sistema fiscal absorbe más de la mitad del producto nacional bruto del pais (PNB), y el sector público el 40 por ciento de la fuerza laboral. (Contrariamente, en Suecia y Noruega, por ejemplo, los impuestos consumen alrededor del 40 por ciento del PNB, pero los salarios son doblemente altos que los que rigen en Israel). Como lo ha sugerido casi en serio Daniel Doron, cabeza de un grupo de pensadores de Tel Aviv, "luego de la caída del régimen de Albania podriamos quedar nosotros como el último puesto de avanzada del socialismo en el mundo". Es obvio que este sistema estatista, contrario a la economía de mercado, no sobreviría sin reformas de no ser por la asistencia masiva de Estados Unidos.

La reacción de Baker refleja la creciente irritación que cunde entre los estadistas de Washington. Han observado el creciente extremismo de la política israeli, el estancamiento cada vez mayor de su economia y su evidente falta de respuestas serias a las iniciativas diplomáticas de Estados Unidos dirigidas a ponerle fin a la *intifada* y solucionar el conflicto judeo-palestino, pese a que el esfuerzo norteamericano constituyó un intento destinado a activar el propio plan de Shamir para las elecciones en los territorios ocupados. Pero, con toda probabilidad, la tensión en aumento que afecta los vínculos de Estados Unidos e Israel, ilustrada por los comentarios de Baker, es en gran medida el resultado de las nuevas fuerzas que surgen en el sistema internacional, fuerzas que la caída del Muro de Berlín y los cambios que marcan la diferencia en las nuevas relaciones de las dos superpotencias han producido. Actualmente, otro factor adicional y decisivo para el cambio es el nuevo panorama que ha emergido tras el fin de la guerra con Irak.

Una "Alianza Estratégica" muy paradógica

CON RESPECTO A LAS RELACIONES ENTRE NORTEAMERICANOS Y JUDIOS, estos dramáticos acontecimientos están haciendo tambalear el matrimonio intelectual y político entre neoconservadores de Estados Unidos, con su programa mesiánico de Guerra Fria, y el gobierno del Likud, con su visión del "Gran Israel". Durante la era Reagan, estos dos grupos desarrollaron una "alianza estratégica" antisoviética, que con éxito lograron imponer en Washington y en Jerusalén. Aunque las administraciones Nixon y Carter le asignaron al Estado hebreo un papel logístico contra la URSS, cada uno de estos gobiernos equilibró su enfoque en cierto modo, asumiendo el papel de mediador entre árabes y judíos. En el periodo Reagan, la política de la Casa Blanca asumió que los Estados árabes claves, amedrentados por la terrible amenaza soviética, trabajarian al lado de Israel y Estados Unidos para combatirla: y el problema palestino fue relegado entonces al último renglón de las agendas de la política exterior norteamericana y regional.

Israel, durante el gobierno de Reagan, fue gradualmente elevado al equivalente funcional de un miembro de la OTAN. El Secretario de Defensa de Estados Unidos, Caspar Weinberger, y su homólogo de Israel, Ariel Sharon, firmaron en 1981 un memorando de entendimiento sobre cooperación estratégica. En 1983, Ronald Reagan y el Primer Ministro Shamir anunciaron la creación de un grupo politicomilitar conjunto destinado a examinar, según Reagan, "las formas en que podremos aumentar la cooperación entre norteamericanos e israelíes", concediendo una especial atención "al peligro que, para nuestros mutuos intereses, plantea la creciente participación soviética en el Medio Oriente". Y, en 1988, el Presidente y Shamir suscribieron otro memorando de acuerdo que, como lo anotó la Casa Blanca, "formaliza y perpetúa los grupos consultivos bilaterales que se reúnen periódicamente para debatir cuestiones conjuntas militares, de asistencia en materia de seguridad y desarrollo económico".

Para intelectuales neoconservadores como Jeane Kirkpatrick y Norman Podhoretz, y para funcionarios antisoviéticos más tradicionales como Robert McFarlane y Oliver North, Israel fue utilizado como el símbolo de un pais que podia combatir la perversidad de los rusos mediante un realismo pragmático en politica exterior, libre de constreñimientos legales internos. Por ende, el Estado judío le fue esencial a la Administración Reagan en sus esfuerzos por contribuir a que Washington se recuperara del famoso "síndrome posVietnam". Israel constituyó un modelo inspirador de las decadentes élites políticas e intelectuales norteamericanas para que renovaran

1 / Foreing Policy No. 81, invierno de 1990.

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

su energía y empuje. El carácter unilateral de la intervención nacionalista de Estados Unidos en lugares como Grenada y Libia se asemejaba mucho al puño de hierro con que los mismos judíos abordaron por primera vez los problemas del Medio Oriente. Washington y Jerusalén se encontraron cada vez más solos en organizaciones internacionales como las Naciones Unidas. De haber aterrizado un marciano en la sede de la ONU en 1985, se habría visto en grandes dificultades para decidir, luego de oír a la embajadora Jeane Kirkpatrick y al Embajador Banjamin Netanyahu, cuál de ellos representaba a Estados Unidos y cuál a Israel.

Para el partido Likud, las políticas de la Administración Reagan parecían ofrecerle tiempo a los judíos para consolidar su dominio en la Margen Occidental y en Gaza. Los funcionarios hebreos, a su vez, incitaron a los norteamericanos a visualizar el conflicto árabe-israelí a través de los lentes de la Guerra Fría y a identificar el nacionalismo palestino como una extensión del terrorismo internacional fomentado por los soviéticos. En ese contexto, Washington vería con negligencia y ojos benignos la ocupación de las tierras palestinas por parte de Israel. Y, en verdad, en su primera sesión de prensa, Reagan discrepó de las cuatro administraciones precedentes en cuanto a la situación de los asentamientos judíos en los territorios ocupados, declarándola "no ilegal" y respondiendo con un seco y categórico "no" a la pregunta de si sentía alguna clase de compasión por los palestinos.

Interpretando los comentarios del Presidente norteamericano como una clave, el gobierno Likud expandió alegremente la colonización judía en los territorios invadidos y se dedicó a lanzar ataques por tierra y por aire contra las sedes de la Organización para la Liberación Palestina (OLP) en el Líbano.

Muy pronto, sin embargo, esta alianza entre los neoconservadores y el Likud condujo tanto a Israel como a Estados Unidos a una serie de graves dificultades. La irrupción violenta de los judíos en la nación libanesa en 1982, a la que la Casa Blanca le había dado "luz verde" [2], terminó en un humillante retiro militar de los hebreos. Entonces Washington se encontró representando el papel de pacificador en el Líbano, en donde sus acciones destinadas a ayudar a la mayoría cristiana lo llevaron rápidamente a entrar en conflicto con la comunidad shiita libanesa y, como resultado, a caer en el atolladero más sangriento en que se haya metido desde la guerra de Vietnam. Los norteamericanos no han recuperado todavía el prestigio que perdieron en el Medio Oriente al decidirse a seguir el ejemplo de los judíos en el Líbano y tener que retirarse en condiciones humillantes.

En otras partes del mundo, la alianza de los neoconservadores y el Likud estimuló la cooperación entre Estados Unidos e Israel en las "guerras secretas" de la época. La puesta en práctica de la Doctrina Reagan para hacer retroceder al comunismo llevó a ambos países a trabajar juntos en lugares tan lejanos como Centroamérica y Zaire. Israel contribuyó prestando ayuda financiera y militar tanto a los contras como al régimen del Presidente Mobutu Sese Seko; las camarillas también fomentaron el apoyo a estas causas entre los congresistas liberales proisraelíes.

Finalmente, tales aventuras culminaron en el desastroso asunto de Irán y los "Contras" ("Irangate"), en el que los espías y operativos del Estado hebreo fueron utilizados, irónicamente, para circunvenir restricciones impuestas por un Congreso projudío.

Empero, el acontecimiento que ha hecho resaltar más agudamente que cualquier otro las consecuencias destructivas de la "alianza estratégica" ha sido la *intifada*, dado que puso en evidencia el error craso de eludir el viejo conflicto árabe-israelí: el levantamiento palestino y la consiguiente reacción israelí han logrado erosionar el sempiterno apoyo de Estados Unidos y crear profundas divisiones en la entidad política y los poderes de ambas naciones.

Aun sin la transformación de las relaciones entre las superpotencias y antes de la caída del Muro de Berlín, ya los israelíes y los norteamericanos enfrentaban lo que podría ser definido como la "paradoja del activo estratégico". Al restarle importancia a la necesidad de encontrarle solución al conflicto del Medio Oriente y enfocar la atención exclusivamente en la alianza entre los dos países como base de sus relaciones mutuas, tanto Washington como Jerusalén contribuyeron a perpetuar la ocupación judía de los territorios árabes de la Margen Occidental y de Gaza. A su turno, ello aumentó el aislamiento internacional del Estado hebreo y su dependencia de Estados Unidos. La ocupación, como lo ha manifestado el historiador militar Martin Van Creveld, tuvo también efectos desastrosos en las Fuerzas de Defensa de los judíos al desanimarlas en sus motivaciones de lucha. Irónicamente, el sistema de promover a Israel como un "activo estratégico" ha debilitado al país tanto bélica como políticamente y lo ha convertido en un "pasivo" a juicio de los estadistas norteamericanos.

La otra cara de la paradoja es que, mientras no haya sido resuelto el problema palestino, Israel nunca podrá ser considerado seriamente para asumir un papel activo en la planificación estratégica norteamericana en el Medio Oriente, y particularmente en el Golfo Pérsico, puesto que los socios árabes de Estados Unidos no lo tolerarían. Por el contrario, el respaldo indirecto y no prometido de Washington al "Gran Israel" pone en peligro sus lazos con los países árabes y menoscaba su flexibilidad diplomática y militar en el Medio Oriente.

La erosión del apoyo

¿CUÁL ES EL FUTURO DE LAS RELACIONES JUDÍONORTEAMERICANAS? Es evidente que, con el fin de la Guerra Fría y el Kremlin colaborando con la Casa Blanca para abordar varios problemas precisamente en el Medio Oriente, Israel ya no podrá vender su imagen como el "activo estratégico" antisoviético de los norteamericanos en la región. Inevitablemente, su poder de negociación en Washington acabará por debilitarse. Es de esperar que se exija la revaluación de la relación tan especial que han conservado ambos países. Y, ciertamente, ya han tenido lugar tales exigencias. Mientras la boyante

2 / Ver "The Green Light" (La Luz Verde) por Zeev Schiff Foreign Policy 50, primavera, 1983.

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

imagen de Israel como el insumergible e indestructible portaaviones de Estados Unidos es cada vez más débil, los políticos comienzan a cuestionar la necesidad de seguir manteniendo los actuales niveles del mayor programa de toda la asistencia externa norteamericana (alrededor de 3 mil millones de dólares anuales en auxilio militar y económico a Israel). La propuesta del Senador Robert Dole, en el sentido de reducir en un 5 por ciento el paquete destinado al Estado hebreo y a otros grandes receptores de ayuda con el fin de liberar dineros para Europa del Este, refleja muy bien la nueva tendencia. En mayo de 1990, uno de los más fervientes defensores de Israel, el Senador Howard Metzenbum (por Ohio), previno a Shamir que el respaldo otorgado por el Congreso a Israel estaba "en peligro", en tanto que un funcionario de la embajada judía en Washington cablegrafiaba a Jerusalén para advertir que su país se había convertido en "un objeto de burla" en el Capitolio.

Estas advertencias reflejan también el creciente desencanto que reina dentro de la comunidad judía norteamericana en particular, y el público estadounidense en general, sobre las políticas de Israel en los territorios ocupados. Un estudio del Instituto "Israeli-Diaspora" de la Universidad de Tel Aviv, preparado entre 780 funcionarios y líderes de las organizaciones judeoamericanas, sacó en claro que el 74 por ciento vota por las conversaciones entre el Estado hebreo y la OLP, y un 76 está a favor del compromiso territorial. Una encuesta hecha en julio de 1990 por el *New York Times* y la CBS detectó un gran debilitamiento en el respaldo público al actual nivel de ayuda concedido a Israel, con un 47 por ciento de entrevistados a la defensa de una patria para los palestinos en la Margen Occidental y en Gaza.

Esta y otras encuestas sugieren que las políticas del Estado judío, desde la invasión al Líbano en 1982 hasta el sofocamiento de la *intifada*, incluyendo además sus vínculos con el gobierno del apartheid en Pretoria y la colaboración con otros desagradables regímenes del Tercer Mundo, han ido erosionando gradualmente el respaldo de que gozaba anteriormente entre importantes grupos de votantes. Las noticias divulgadas en 1985 en el sentido de que Israel había persuadido a un judío norteamericano, Jonathan Poll, de aprovechar su posición en el gobierno norteamericano para espiar por él, tuvo un efecto devastador en las relaciones. Aunque han sido negadas oficialmente, las recientes revelaciones sobre actividades judías de espionaje perjudiciales para Estados Unidos, aparecidas en el libro de un antiguo agente del Mossad, Victor Ostrovsky, se añaden a la cada vez más profunda y perturbadora sensación de incomodidad. Parece que Israel no sólo está perdiendo su valor estratégico a juicio de algunos de sus defensores conservadores, sino también el terreno moral que se había ganado dentro de la comunidad liberal.

Esta erosión se ha ido filtrando dentro de la comunidad judía de Estados Unidos. Cuando Israel hizo su campaña para torpedear las charlas entre Washington y la Organización para la Liberación de Palestina en julio de 1989, tres organizaciones (el Congreso Judío Norteamericano, el Comité Judío Norteamericano y la Unión de Congregaciones Hebreo-Norteamericanas) se resistieron a apoyar esa jugada.

Tales acontecimientos transmiten ondas de choque a través de todo el establecimiento israelí. Académicos, columnistas e internacionalistas discuten sobre la necesidad de reorientar la política exterior del Estado hebreo. Algunos sugieren que debe enfocarla en su nueva superpotencia vecina, la Europa post-1992, en tanto que otros consideran que una Alemania unida, con el compromiso moral que la ata al pueblo judío y su independencia del petróleo árabe, podría reemplazar a Washington como escudo contra los tiempos de apremio. El Embajador de Israel en España propuso la integración de su país a una "Alianza Mediterránea" encabezada por Francia. Un profesor judío de la Universidad Bar-Ilan, Paul Eidelberg, ha llegado inclusive a plantear la idea de un matrimonio con la Unión Soviética, con el propósito de contener el surgimiento del Islam fundamentalista, puesto que obviamente amenaza a Israel y puede llegar a poner en peligro el control de Moscú sobre sus repúblicas musulmanas. Otro hecho interesante radica en los crecientes vínculos establecidos por el Estado judío con la República Servia de Yugoslavia, así como con Armenia y Georgia en la URSS que, como en su caso, constituyen entidades localizadas en la periferia del mundo mahometano y temen caer bajo la dominación islámica.

No obstante, estos planes tienen que considerar mejores partidos. Anteriormente, los candidatos para otras alianzas se habrían tomado muy en serio las propuestas de matrimonio de Israel, porque tenían la esperanza de recibir una valiosísima dote: la conexión mucho más íntima del nuevo compañero de la nación judía con Washington.

Pero el debilitamiento de las relaciones entre Estados Unidos e Israel hace que esas ofertas de casamiento sean cada vez menos atractivas. Por otra parte, pretendientes como los gobiernos de Bruselas y Moscú le exigirían además fuertes concesiones en el caso palestino, a cambio de una cooperación más estrecha.

En su mayoría, los líderes del Likud ni siquiera están tratando de enfrentar tales realidades diplomáticas; siguen discutiendo por cuestiones de negocios, como siempre, con los norteamericanos. Estas ilusiones recuerdan aquella ocasión en que, al terminar la Guerra Argelina en 1962, los dirigentes israelíes se negaron a reconocer que la convergencia de intereses estratégicos entre París y Jerusalén por entonces, surgida casi hasta el nivel de una alianza formal durante la confrontación francesa con las fuerzas panárabes en el norte del Africa, desaparecieron tan pronto como Argelia ganó su independencia.

Muchos años transcurrieron antes de que los cambios que tuvieron lugar en el plano estratégico se reflejaran finalmente en la transformación de las relaciones francoisraelíes. Y luego, súbitamente, en junio de 1967, el Presidente Charles de Gaulle impuso un embargo de armas contra Israel durante su Guerra de los Seis Días con Egipto.

A diferencia de sus lazos con Francia, los que hoy mantiene Israel con Estados Unidos pueden sobrevivir a peores embates en razón del papel que ejerce en Washington la poderosa camarilla projudía. Y, a decir verdad, la esperanza de Jerusalén es que esa camarilla, encabezada por el Comité Norteamericano de Asuntos Públicos de Israel, logrará neutralizar todo

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

intento serio de cortarle la ayuda al Estado hebreo. Hasta ahora, esta confianza ha sido justificada por la evidencia: en junio de 1990, la Cámara de Representantes volvió a otorgarle a Israel su ayuda de 3 mil millones de dólares anuales para 1991. Setenta y tres senadores demócratas y republicanos le escribieron a Baker oponiéndose a la propuesta de Dole de recortar esa asistencia en un 5 por ciento. En octubre de 1990, la Administración Bush le facilitó a Israel la garantía necesaria para recibir un préstamo de 400 millones de dólares destinados a construir viviendas para los inmigrantes judíos provenientes de la Unión Soviética. Aunque el gobierno de Estados Unidos exigió constancias de que los fondos no serían utilizados en los territorios ocupados, el de Israel sabe que el dinero es fungible y de inmediato surgió una disputa sobre si es dable que los hebreos lo destinen a los asentamientos del sector oriental de Jerusalén.

A la defensiva, algunos judíos y sus aliados norteamericanos sugieren ahora que, después de todo, el concepto de Israel como "activo estratégico" sigue vigente, y que podría servir como nuevo sitio de localización de los equipos militares retirados de Europa que el Pentágono podría usar en conflictos futuros de baja y mediana intensidad en la región. El lineamiento del día es que la remoción del factor soviético de cualquier cálculo relativo al Medio Oriente enaltece realmente el valor de las especiales relaciones que existen entre Estados Unidos e Israel, puesto que la fuerza militar de los judíos podría servir como elemento disuasivo ante cualquier régimen radical árabe y para apuntalar a otros más moderados y vacilantes. Con esta visión, Israel viene a quedar como el cruzado moderno, un bastión de Occidente en su lucha contra un nuevo enemigo extranjero: el nacionalismo árabe y el fundamentalismo islámico, o lo que el columnista Charles Krauthammer ha bautizado como la "*intifada* global". La implicación combativa de este tipo de razonamiento es que, ante eso, la sublevación original, la *intifada* de los palestinos que todavía bulle en la Margen Occidental, puede ser olvidada. A este respecto, no es coincidencia que escritores como Krauthammer hayan también facilitado la fórmula ideológica de que "Saddam Hussein es Hitler" y que muchos emplearon con éxito para presionar el ataque a gran escala de Estados Unidos contra Irak, a sabiendas del riesgo que se corría de crear a la larga un violento sentimiento antinorteamericano dentro del mundo árabe musulmán, incluso entre sus regímenes prooccidentales más moderados, no dejándole más opción a Washington que la de jugárselo todo a la carta de Israel en Medio Oriente.

Según los informes de la prensa israelí por entonces, Shamir recibió, la víspera de ser invadido Kuwait por los iraquíes, un memorando de la Casa Blanca que resumía los prospectos de una creciente cooperación estratégica entre los dos países; aparte de otras cosas, insinuaba que "el interés norteamericano de colaborar con Israel surgía de la necesidad de proteger los recursos energéticos y el suministro regular de petróleo a Estados Unidos y Japón". Y predecía además que la asociación mutua ayudaría a Washington a "contener la agresión de los poderes regionales", y que la nación judía serviría como "base de mantenimiento para las fuerzas (norteamericanas) que posiblemente actuarían en el área".

Sin embargo, la exclusión de Israel de la guerra militar y económica contra Irak, liderada por Estados Unidos con el apoyo de naciones árabes moderadas, puso en evidencia la inconsistencia de la "cooperación estratégica" norteamericana con los hebreos en la logística adoptada en el Medio Oriente. Washington realizó especiales esfuerzos durante el preludio de la guerra para descartar cualquier sugerencia de que estaba coordinando movimientos en el área junto con Israel y pidió a Jerusalén que mantuviera una actitud discreta. "No somos un activo estratégico", anunció el *Yediot Aharonot*, el diario de mayor circulación en el país, en un editorial referente al desaire de que estaban siendo objeto los judíos por parte de Estados Unidos en el momento de la crisis.

"La guerra en el Golfo Pérsico amenaza con destruir la leyenda de la existencia de Israel como base de primera línea de Estados Unidos contra los piratas medio chiflados del petróleo", escribió otro comentarista, Akiva Eldar, en el periódico *Haarets*. "Frente a esto, el contribuyente norteamericano tiene el derecho de preguntar a sus representantes cuál es el objeto de desembolsar 3 mil millones de dólares con destino a un país que, a la hora de la verdad, resulta ser nada más que un recipiente vacío".

La crisis del Golfo Pérsico y la subsiguiente evolución de las relaciones entre Israel y Estados Unidos demuestra los peligros de provocar estancamientos en los procesos de paz. La respuesta obstruccionista de Shamir a los esfuerzos de Egipto para iniciar las conversaciones judeo-palestinas ha desacreditado la política exterior moderada del Presidente Hosni Mubarak; a su vez, ello ha conseguido acelerar la radicalización de la comunidad palestina, que se ha manifestado a favor de Irak. Y aunque la Guerra del Golfo desvió la atención de su levantamiento, la cruenta confrontación de octubre de 1990 en la Vieja Ciudad de Jerusalén entre demostradores de la causa y las fuerzas de seguridad de Israel, con el resultado de 21 palestinos muertos, patentizó la dificultad de consolidar realmente la alianza árabe-norteamericana en el Golfo y sirvió para facilitarle inicialmente el juego a Saddam Hussein.

Ahora una vez terminada la confrontación, a la Administración Bush le resultará imposible seguir manteniendo su posición en el sentido de que los intereses de Estados Unidos en el Golfo y el conflicto entre israelíes y palestinos son cosas totalmente separadas. Ineluctablemente, tendrá que vincular su permanente apoyo a las verdaderas necesidades de seguridad de los judíos con un movimiento real hacia las negociaciones de paz. Egipto y Arabia Saudita, a cambio de su respaldo económico y militar a Washington durante la crisis del Golfo y su posible participación en una futura alianza árabe antirradical, exigirán obviamente que Bush presione a Israel para solucionar el problema palestino.

En lugar de ajustarse a los cambios del ambiente internacional y regional, el Israel de Shamir, por el contrario, ha mantenido una posición que comienza a ser comparable con la de la Cuba de Fidel Castro.

Ha proyectado resistencia ante sugerencias amistosas de su superpotencia protectora, así como de su único no enemigo árabe en lo que respecta a su deber de reformular su política exterior y su economía quebrada. El gobierno de Shamir continúa rechazando la participación de los soviéticos en el proceso de paz del Medio Oriente, en un momento en el que la única

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

tenue luz que puede verse al final del túnel judío proviene de la apertura de la URSS hacia Israel y de su nueva actitud en la región.

Por una parte, la renovación de sus relaciones diplomáticas con los países de Europa Oriental y la inmigración masiva de judíos desde la Unión Soviética, que se espera habrá de sumar prontamente más de un millón de personas en los próximos años, y, por la otra, los movimientos de Siria y la OLP hacia una posición más moderada bajo la presión de su aliado el Kremlin, son las consecuencias de esa transformación radical de la política soviética en el Medio Oriente. Moscú ha recortado drásticamente su ayuda militar a los sirios y reducido el número de asesores en ese país. Y ha manifestado claramente su rechazo hacia el gran designio que alimenta el Presidente Hafez al-Assad de Siria de lograr "la paridad estratégica" con Israel.

La respuesta del gobierno Likud ha sido, desafortunadamente, la de obstruir el proceso de paz y esquivar las reformas internas. Ha evadido una histórica oportunidad de acercarse a la paz para permitir que el país pueda concentrarse en cumplir su objeto, su propósito sionista original: el de absorber a los refugiados hebreos del mundo.

La esperanza del Likud es que las nuevas masas de judíos soviéticos inclinen la balanza demográfica en la legendaria Palestina a favor de los judíos israelíes y hagan más probable su control permanente de los territorios ocupados, perspectiva que inquieta a los líderes palestinos y al gobierno jordano. En lugar de desmantelar sus estructuras estatistas y adoptar soluciones de libre mercado que podrían suministrar trabajo a los centenares de miles de profesionales que están llegando al país, el gobierno intenta absorberlos mediante un sistema controlado por el Estado (a la larga subsidiado por Estados Unidos) que tiende a agravar las tensiones sociales que se han ido creando entre los judíos nacidos en Israel y los recién venidos, como consecuencia de la competencia que deben librar unos y otros para tener acceso a los limitados recursos nacionales.

Unos cuantos estadistas de Washington comienzan a dudar si alguna vez será posible cambiar las políticas israelíes y se han puesto a reflexionar si ha llegado el momento de adoptar una benigna negligencia con respecto al conflicto entre judíos y palestinos. Y la actitud de mandar a cada uno "a fastidiar en su casa", que es la que ha exhibido el gobierno norteamericano ante el conflicto de Cachemira entre hindúes y musulmanes, tendría sentido de no ser por el complejo entrelazamiento de la política y la economía de Estados Unidos con todo lo que ocurra en el Medio Oriente: la región posee más de las dos terceras partes de las reservas mundiales comprobadas de petróleo, y su destino le concierne a millones de devotos estadounidenses. Su comunidad judía, en particular, vive apasionadamente pendiente de la seguridad y el bienestar de Israel. Sus miembros, a través del voto y de contribuciones financieras, favorecen con su apoyo a un número clave de congresistas a cambio de que respalden a Israel. Puesto que las esperanzas de desatar el nudo gordiano mediante la unificación de una variedad de intereses políticos y económicos son muy débiles, muy probablemente le quedará imposible a Washington desprenderse del conflicto árabe-israelí, aún si alguna Administración intentara hacerlo. Y a ésta tampoco le resultaría fácil utilizar sus compromisos financieros con el Estado hebreo como un arma de influencia.

A pesar del creciente descontento del Capitolio en relación con la política judía, es dudoso, por ejemplo, que el gobierno del Presidente Bush sea capaz de amenazar a Israel con cortarle masivamente su asistencia. Sin embargo, entre zafarse del trato y anunciar el retiro de gran parte de esa colaboración, hay una buena serie de alternativas por si acaso, alguna vez, los funcionarios de la Casa Blanca tuvieran que decidirse a tratar de influir sobre los planes de acción de Jerusalén. La conexión norteamericana, al contrario del ánimo pesimista que hoy reina en Washington, puede ser utilizada para contribuir a que Israel se ayude a sí mismo.

La necesidad de la influencia norteamericana

LA POLITICA NORTEAMERICANA EN ISRAEL siempre ha sido dirigida por la noción de que Washington no podría ni debería intentar estimular cambios en las posiciones del público o de las élites judías. El argumento se basa en que las políticas internas y externas del Estado hebreo son desarrolladas sin ningún punto de referencia en común, como si cada una estuviera confinada a su propio compartimento, individual e impermeable. Se insinúa que los israelíes debaten sus planes de acción, domésticos o internacionales, con muy poca "retroalimentación" del mundo exterior; llegan a un consenso sobre lo que constituye su interés nacional, ignoran las opiniones de las superpotencias extranjeras y luego hacen su escogencia a través de la urna electoral. Según este punto de vista, la única tarea de Washington consiste en negociar con los funcionarios judíos elegidos sobre sus respectivos programas de política exterior, pero absteniéndose de "interferir" en los asuntos internos de su orgulloso aliado democrático.

Este enfoque refleja la versión diplomática de la acción afirmativa hacia el Estado judío, que está por lo tanto protegida de la clase de presión que ejerce Estados Unidos en sus relaciones exteriores y que otros países en distintas partes del mundo experimentan regularmente.

En Europa, por ejemplo, la Administración Reagan proyectó de varias maneras su preferencia por Margaret Thatcher y Helmut Kohl durante elecciones trascendentales tanto en Gran Bretaña como en Alemania Federal. Los votantes locales fueron muy probablemente influidos por la posición norteamericana, lo que afectó los resultados de tales comicios. Más recientemente, la Administración Bush fue reticente en lo que respecta a ayudar a las nuevas democracias de Europa del Este con un masivo apoyo financiero porque, según aclaró, ese tipo de asistencia podría ser un desestímulo para que el público y los dirigentes de tales países aprendieran esfuerzos vigorosos para adoptar economías de libre mercado. Considerando sus intereses nacionales, ¿por qué tendría Washington que abstenerse de "interferir" en forma apropiada en las políticas de Israel?

Existen diversas explicaciones sobre la timidez diplomática norteamericana con respecto al manejo de las políticas israelíes. Una de ellas es que otros segmentos del público se ven influidos por la reluctancia que muestran los judíos de Estados Unidos, basada en un complejo de culpa, en lo que respecta a criticar las decisiones políticas de Israel. Muchos de ellos aceptan el argumento, defendido por la derecha del Estado hebreo y sus seguidores en Norteamérica, de que al no haberse ido a vivir a la madre patria han "enajenado su derecho moral de hacer juicios públicos en relación con asuntos

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

que, para los nacionales, pero no para ellos, son cuestiones de vida o muerte", como lo expresa la historiadora Gertrude Himmelfarb.

Es obvio que, durante años y más particularmente desde 1967, un consenso muy claro con respecto a la seguridad del país unió a la mayoría de los partidos políticos de Israel. Hasta ese momento, los líderes judíos con quienes Washington tenía que tratar si representaban el concepto de un interés nacional respaldado por la vasta mayoría de los ciudadanos israelíes. De ahí que, muy probablemente, cualquier intento de los norteamericanos de presionar o debilitar los caudales políticos de un gobierno obstinado sería contraproducente o, vulgarmente hablando, se les saldría el tiro por la culata. Los judíos pondrían a circular sus vagones y se reagruparían en seguimiento de sus líderes y su bandera.

Ha llegado el momento de hacer a un lado esos argumentos. Las políticas internas y externas de Israel no deberían haber sido tratadas jamás como cuestiones separadas. El sistema internacional, y especialmente los vínculos con Estados Unidos, siempre han servido, y hoy más que nunca, para constreñir y expandir opciones concretas y para influir sobre sus más delicados movimientos relativos a la seguridad nacional. Una seña de consentimiento por parte de Washington contribuyó a producir la decisión de 1967 de Israel de lanzar un ataque preventivo contra Egipto, por ejemplo, en tanto que la oposición potencial de los norteamericanos impidió una jugada similar en 1973 [3].

Aún más importante es que los lazos de Israel con los demás actores del escenario internacional, y particularmente con Estados Unidos, han constituido también una influencia muy poderosa en las decisiones públicas de los judíos y, consiguientemente, en la determinación de los caudales políticos de las personalidades que dirigen el país. La ascensión y la caída de los líderes israelíes ha estado muy asociada con los debates relativos a las orientaciones de la política internacional y sus consecuencias. La habilidad de sus dirigentes en lo que respecta a distribuir la asistencia extranjera para contrarrestar la amenaza árabe y proveer el respaldo financiero que necesita el sistema socialista del Estado, siempre ha afectado sus fortunas personales y políticas en su tierra.

El Primer Ministro David Ben-Gurión tuvo éxito al fortalecer su base interna a comienzos de la década de 1950 cuando orientó la política externa alejándola de la neutralidad y la no alineación entre las dos superpotencias y dirigéndola hacia una alianza con occidente, lo que culminó en su decisión de apoyar a Estados Unidos en la Guerra de Corea. Su partido Mapai, socialdemócrata de centro, ganó posiciones a expensas del movimiento Mapam, popular y prosoviético. La orientación pronorteamericana de Ben-Gurión contribuyó igualmente a obtener la ayuda financiera requerida para sostener el sistema económico del país, cosntrolado por el Estado, a través de lo cual el Mapai pudo conservar la lealtad de cientos de miles de nuevos inmigrantes y, como resultado, mantener su lugar como partido dirigente del país hasta 1977. La ayuda de Estados Unidos continúa manteniendo a flote el enorme sector público de Israel, del que dependen los miembros de la *nomenklatura* nacional.

Las directrices de la política internacional tuvieron también un papel de gran importancia en la amarga lucha que se libró en el Mapai durante las décadas de 1950 y 1960: el conflicto enfrentó a la Vieja Guardia, con sus planteamientos más cautelosos, contra Ben-Gurión y los Jóvenes Turcos, los activistas del partido, que abogaban por una "orientación europea" basada en estrechos vínculos militares con Francia y Alemania Occidental y una postura de confrontación sobre la seguridad nacional.

La Vieja Guardia defendía una relación estrecha con Washington, incluso si ello constreñía los esfuerzos defensivos de Israel, entre ellos la alternativa nuclear. El éxito de Ben-Gurión en su idea de formar una inminente alianza con París tuvo como resultado, entre otras cosas, la campaña de Suez de 1956. La consecuencia interna fue la caída política de su gran enemigo en el Mapai, el moderado Primer Ministro Moshe Sharett. La misma táctica fue empleada posteriormente para debilitar al mismo Ben-Gurión. El abandono de la "Orientación Europea", incluyendo el rompimiento de los fuertes vínculos con Francia en materia de defensa, y la nueva dirección de la política israelí hacia Washington por parte del sucesor de Ben-Gurión, Levi Eshkol, debilitaron el poder del "Viejo" y de su camarilla, a lo que siguió una división dentro del Mapai.

Más tarde, la política de Estados Unidos hacia Israel contribuyó a inclinar la balanza en las luchas internas del partido Laborista sobre los territorios ocupados después de 1967, y posteriormente entre los laboristas y los del Likud. Luego, los exitosos esfuerzos del entonces Secretario de Estado Henry Kissinger, antes de la Guerra del Yom Kippur, realizados con el fin de neutralizar cualquier presión seria sobre Israel desde dentro de la Administración Nixon para reaccionar a las aperturas de paz del Presidente egipcio Anwar el-Sadat, posteriormente asesinado, y el Rey Hussein de Jordania, ayudaron a consolidar el poder de los militaristas y belicistas "halcones" laboristas Moshe Dayan y Yigal Allon. Al faltar totalmente una presión norteamericana tendiente a lograr un arreglo, estos dos rivales, que representaban a las minoritarias en el partido, pudieron forzar a la mayoría moderada, interesada en mantener la unidad, a aumentar los esfuerzos por expandir los asentamientos judíos en los territorios ocupados de la Margen Occidental y Gaza. Al mismos tiempo, pudieron bloquearse mutuamente sus respectivas iniciativas: el "Plan Allon" para la Margen y la propuesta de Dayan en 1970 relativa a un retiro limitado del Canal de Suez.

En la década de 1980, las políticas de Reagan con respecto al Medio Oriente facilitaron el juego de las fuerzas del ala derecha en los debates entre los laboristas y el Likud, especialmente durante la existencia del gobierno de la unidad nacional. A finales de 1987, la decisión del por entonces Secretario de Estado George Shultz, en el sentido de descontinuar los intentos norteamericanos destinados a facilitar la iniciativa del Primer Ministro Shimon Peres, tendiente a iniciar negociaciones entre Israel y Jordania, libe-

3/ Ver William Quandt, *Decade of Decision* (Berkeley: University of California Press, 1977); Donald Neff, *Warriors of Jerusalem* (Nueva York: Simon and Schuster, 1984); y Michael Bar Zobar, *Embassies in Crisis* (Nueva York: Prentice Hall, 1970).

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

raron la presión diplomática ejercida sobre Shamir y contribuyeron a crear la trabazón de políticas que desembocó en la *intifada* de los palestinos. El argumento de que "ni siquiera Estados Unidos" se tomó en serio las propuestas de paz de Peres no pasó inadvertido para la mayoría de los israelíes. La falta de esfuerzos por parte del equipo de Reagan para emparentar el continuado apoyo norteamericano con una flexibilidad más diplomática del lado de Israel contribuyó a convencer, por lo menos a los votantes del Likud, de que Israel podría no sólo tener una buena tajada del pastel (la ayuda de Estados Unidos), sino también comérsela, al continuar consolidando el área de la Margen Occidental.

Pero sería un error analizar el impacto de la conexión norteamericana sobre las opciones políticas de los judíos únicamente en el contexto de los debates oficiales o intrapartidistas. La relación con Washington, para casi todos los israelíes, es algo más que la cifra de 3 mil millones anuales en asistencia económica y militar. Ese vínculo trasciende más allá de elementos tan importantes como los lazos de familia, la influencia cultural, las relaciones de negocios y la alianza estratégica. Para la mayoría de los judíos, aislados en una región hostil y un mundo poco amistoso, Estados Unidos representa su línea de vida hacia la sociedad internacional. Sicológicamente, el eslabón es un escudo protector que envalentona a los israelíes para continuar construyendo la tercera mancomunidad judía.

Por ende, un líder de Israel que no logre mantener esa conexión o "rendir cuentas" a Estados Unidos (o peor: que llegue a estropear esos lazos), termina finalmente sufiendo las consecuencias en los escrutinios. En el caso contrario es evidente que no hay nada mejor que la oportunidad de sacarse una foto con un sonriente presidente norteamericano la víspera de una elección parlamentaria en el Knesset para elevar la popularidad de un primer ministro israelí. Los judíos siguen muy de cerca cada jugada y cada gesto de Estados Unidos hacia su país, desde las declaraciones presidenciales hasta el lenguaje corporal de cualquier vocero del Departamento de Estado, desde los escritos de los columnistas de Washington hasta los resultados de las encuestas sobre la opinión pública. Los mensajes abiertos o encubiertos que los dirigentes y los ciudadanos norteamericanos hacen llegar a Israel son descifrados por quienes orientan los criterios y por los votantes, y luego utilizados para evaluar el desempeño del gobierno de turno.

Esos mensajes dirigidos a Israel pueden, por supuesto, influir únicamente en las opciones públicas si interactúan con la realidad política. La decadencia del Partido Laborista, por ejemplo, emana de los cambios demográficos que han ido ocurriendo a largo plazo en la sociedad judía; y ninguna clase de influencia norteamericana podrá revertir esa tendencia. Igualmente es claro que toda presión de Estados Unidos dirigida a tomar medidas a las que se opone la mayoría, tales como dividir a Jerusalén, será contraproducente. Sin embargo, cualquier señal puede causar un impacto si tiene que ver con cuestiones que dividen la política israelí. Como ejemplos se pueden mencionar los planes de colonización judía en la Margen Occidental e, incluso, la clase de sistema económico que debería adoptar el país.

Uno de los peores problemas relacionados con la tesis que rechaza la conveniencia de la "interferencia" norteamericana radica en que la ayuda militar y económica de Estados Unidos a Israel, que los ciudadanos quieren ver perpetuada, en sí misma sí ha constituido una "intervención" en la política judía. Comenzando en la década de 1960, y con el ascenso de Israel a la categoría de "activo estratégico" en la de 1980, la ayuda norteamericana comenzó a sufrir el efecto de la ley de los réditos en disminución. En lugar de facilitar al Estado hebreo un margen de seguridad y una red de protección económica, el apoyo de Washington comenzó por robustecer aquellas fuerzas israelíes que se oponen a una solución diplomática del problema palestino, así como a una reforma interna de la economía. Y envió al público un peligroso mensaje: aferrarse a los territorios ocupados no implicaría graves costos en lo que atañe, a las relaciones con Estados Unidos; e, indiferentemente de los reveses económicos, Washington continuaría siendo el fiador de la bancarrota económica de Israel. Como resultado de ello, salvo en lo que concierne a evitar un desastre militar como el de 1973, o una crisis económica tan seria como la de finales de la década de 1980, no existen presiones públicas sobre los dirigentes para que modifiquen el *statu quo*.

Para poner las cosas de otro modo, este apoyo ha servido para proporcionar al público y a los dirigentes de Israel un conjunto de incentivos y disuasivos. No existe razón alguna que impida que Washington pueda utilizar su asociación con Israel para tratar de transformar tales incentivos en una forma que vigorice esas fuerzas internas cuya visión sobre el futuro de Israel coincide con los intereses y valores de Estados Unidos. A los norteamericanos que rechazan ese tipo de jugadas, aunque continúan respaldando "como siempre, los negocios" del eje Washington-Jerusalén, también les conviene realmente mantener ese *statu quo*, incluyendo el poder de los miembros más extremistas del Likud.

Aquellos amigos de Israel en la Administración y el Congreso que se entienden los peligros que amenazan a largo plazo las relaciones entre los dos países, planteadas por las continuadas políticas del Likud, dedebían guiar a quienes se muestran ansiosos por crear un nuevo juego de incentivos a la nación judía, capaces de estimular el cambio político sin perjudicar la seguridad del Estado. Después de todo, nadie está clamando por un golpe militar o por emplear los fondos de la Fundación Nacional para la Democracia con el fin de sostener a algún partido político en particular. Por el contrario, quienes le son verdaderamente leales a Israel deberían desear que Washington suministrara a los votantes judíos la información que necesitan sobre constreñimientos y límites en las relaciones de ambos países para poder tomar decisiones racionales en las elecciones.

Como lo indicó una encuesta de opinión realizada a mediados de 1990, la posición de la mayoría de los sufragantes judíos sobre el futuro de los territorios ocupados es "más blanda", que la oficial. Esa encuesta, dirigida por el politólogo israelí Elihu Katz, señaló que un voto para el Likud no necesariamente está correlacionado con el respaldo a la anexión del área invadida, exactamente lo mismo que un voto por Reagan no iba encaminado precisamente a sostener sus políticas intervencionistas en Centroamérica. El escrutinio sugería igualmente que, contrariamente a las expectativas simplis-

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

tas, los judíos de Israel están divididos en sus opiniones sobre la cuestión de la Margen Occidental y Gaza, pero no como rivales pacificistas y anexionistas, sino en tres bloques: un 30 por ciento de "palomas" antibelicistas con el deseo de entregar los territorios a cambio de la paz; un 30 por ciento de "halcones", en este caso militaristas ideológicos, que se oponen a cualquier compromiso de índole territorial; y un 30 por ciento de "halcones de la seguridad", dispuestos a canjear por ella la mayor parte de la Margen Occidental y de Gaza, ya sea para obtener garantías de protección o porque la ocupación amenaza con perjudicarla (como por ejemplo, poniendo en peligro sus vínculos con Washington). De inmensa importancia es el hecho de que un poderoso grupo de seguidores de Likud (35 por ciento) pertenece a la categoría de esos "halcones de la seguridad".

El estudio Katz insinúa igualmente que, por lo menos antes de la crisis del Golfo, la *intifada* y los cambios de posición de los líderes palestinos estaban causando un tremendo impacto en la opinión del electorado israelí: el 34 por ciento se mostraba listo a abrir un diálogo con la OLP; hace tres años, esa cifra llegaba a la mitad. Se había incrementado igualmente el número de votantes dispuestos a sostener los compromisos territoriales, que de un poco más del 40 por ciento en esa época, ya estaba llegando al 65 por ciento en el momento de la encuesta. El 53 por ciento estuvo de acuerdo en que el gobierno debía ponerle fin a la construcción de nuevas colonias judías en el área invadida.

Este escrutinio indica que una posición clara por parte de Estados Unidos podría influir sobre las opciones públicas de los israelíes. Ahora que el país tiene que ocuparse de la absorción de judíos soviéticos, lo que aumenta los problemas de vivienda (la encuesta Katz fue realizada antes de esos acontecimientos), quizás la presión norteamericana para concluir las medidas relativas a los asentamientos contribuiría a modificar la ecuación política en este aspecto. Algunos observadores arguyen que el apoyo dado a Saddam Hussein por los dirigentes de la OLP podría endurecer todavía más la oposición israelí a las negociaciones de paz. De hecho, los altos miembros del partido Laborista, que mayoritariamente podrían ser catalogados como "halcones de la seguridad", parecen estar más comprometidos que nunca con la fórmula de "la tierra por la paz". Como lo ha afirmado Epharim Sneh, joven líder laborista y exjefe de la Administración Civil en la Margen occidental, la duda a largo plazo que enfrenta Israel no consiste en si logrará sobrevivir ante un Estado palestino, sino si logrará hacerlo con respecto al *statu quo*.

Una iniciativa de paz en la región, la existencia de una fuerza poderosa en Israel capaz de respaldar alguna clase de compromiso territorial, y unos claros mensajes norteamericanos podrían, conjuntamente, ayudar a romper ese estado de cosas en el país y en los territorios ocupados. Por tanto, la Administración y los congresistas deberían comenzar a desarrollar estrategias. Más específicamente, Obey y los miembros del Comité de Apropiaciones han sugerido que los futuros presupuestos reduzcan la asistencia al gobierno judío en una suma equivalente a la que éste emplea para seguir construyendo o expandiendo sus asentamientos en la Margen Occidental y en Gaza.

Actualmente, aunque está estipulado que la ayuda norteamericana no puede ser empleada en los territorios ocupados, tampoco se exige el rendimiento de cuentas; y, por ende, Washington no tiene forma de saber a dónde van a parar sus dólares. Aunque el gobierno israelí asevere que no está desviando los auxilios de Estados Unidos hacia ese objetivo, no se necesita sin embargo tener un título de contador para darse cuenta de que la infusión financiera norteamericana puede, por ejemplo, liberar fondos utilizables para ayudar en cambio a absorber a los nuevos inmigrantes judíos de la Unión Soviética con el fin de edificar otras instalaciones para ellos en la Margen Occidental y en Gaza. Un hecho particularmente desafortunado de la política de Washington es que estos asentamientos se han convertido en el criadero de los grupos israelíes más nacionalistas y mesiánicos hasta ahora conocidos, y cuyos líderes, según lo han reiterado una y otra vez, piensan alcanzar su máxima meta consistente en lograr la anexión de esos territorios a Israel y sabotear cualquier posible retiro de ellos por parte de los judíos.

Al no seguir la recomendación de Obey, los estadistas norteamericanos están canalizando dólares provenientes de los impuestos para incrementar el poder de aquellas fuerzas de Israel cuyas ambiciones contradicen los valores y objetivos norteamericanos. Cortarles la ayuda por el equivalente de la suma que gastan edificando nuevas colonias judías en la Margen Occidental no sería perjudicial para ningún interés israelí en materia de seguridad, pero sí serviría para enviar un mensaje muy diáfano a los sefarditas de clase media-baja, que tienden a ser unos de los más ardientes seguidores del Likud. Podría demostrar a cada miembro de ese grupo democrático que los fondos que no estarán disponibles durante el año para remozar sus tugurios del superpoblado centro de la ciudad no salieron de la tesorería de Estados Unidos como consecuencia de las censurables políticas del partido con respecto a los asentamientos. Este tipo de jugada podría aclarar la alternativa que enfrentan los votantes entre la opción de respaldar la colonización de los territorios árabes invadidos con los limitados recursos nacionales, o destinar esos medios a favor de las ciudades judías en desarrollo y que son hoy en día el hogar de la mayoría de los pobres del país. La Administración podría endulzarles a los seguidores de Israel el proyecto de ley de Obey colocando en una cuenta en custodia los fondos que se le nieguen a Israel en relación con los asentamientos, con la promesa de liberarlos cuando el gobierno ponga fin a sus políticas actuales en la Margen Occidental. Estados Unidos tiene a su disposición muchas otras opciones y avisos que dar. Numerosos analistas de Washington han urgido que concluyan los arreglos sobre pagos especiales acordados a Israel, que hoy recibe incondicionalmente

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org